

LA SABIDURIA EN LAS MUJERES

P o r L U I S A R A U J O - C O S T A

LA mayor parte de las mujeres que hoy ejercen la medicina, la abogacía, el profesorado, la literatura, hasta los oficios mecánicos que eran antes único patrimonio de varones fornidos, llevan la inmensa ventaja sobre las que fueron sus precursoras en otras edades de no jactarse de sabiduría y de no adoptar aires pedantescos. La afectación, el prurito de superioridad, el deseo de no parecerse a las demás mujeres, fué la causa de que en tiempos antiguos los literatos de primera línea se burlasen de las féminas sabias con donaire, con chispa que aún nos hace reír.

Hay dos comedias de Aristófanes sobre las mujeres que aspiran a equipararse a los hombres: *Las mujeres en la asamblea* y *Lisistrata*, de asunto unas miajas escabroso, y algunas de cuyas escenas no podrían acaso ser toleradas en teatros modernos. El *Económico*, de Jenofonte, señala el verdadero puesto de la esposa en el hogar. Pero la página inmortal acer-

ca de los vicios, chifladuras, maldades, ridiculeces y facetas de la existencia femenina, es la *Sátira VI*, de Juvenal, la más larga y también la más rica en cuadros pintorescos de una gracia y, a veces, de un cinismo incomparables. Esta *Sátira*, como todas las otras del poeta de Aquino hasta el número XVI, que se conservan, parece escrita ayer mismo. Es de esas obras que no pasan ni pasarán nunca mientras la Humanidad alienate sobre el globo. Juvenal no se refiere en esta *Sátira* a la joven, ni a la cortesana, ni a la liberta, sino a la mujer casada.

Póstumo, amigo del poeta, piensa casarse. ¿Se ha vuelto loco? ¿Dónde encontrar a la sazón (primer cuarto del siglo II) una mujer casta, no solamente en Roma, sino en las provincias y aun en el campo?

Las gentes de teatro las vuelven locas. Eppia, cuyo marido era senador, abandona el hogar para seguir la existencia aventurera de un gladiador más viejo y más feo que el esposo. Mesalina, la Emperatriz, no se cansa de ofender a Claudio con acciones que Juvenal cita y que en este sitio más vale callar. Pero la licencia es el menor de sus crímenes. Una se vanagloria continuamente de su dote; otra, de su belleza; la de más allá está poseída del orgullo nobiliario; la de acá tiene pujos de sabia y todo lo dice en griego, emulando al hablar la declamación de Hemo y Carpóforo, los actores en boga por entonces. Hay enfermas de la imaginación que no pueden pasar un solo día sin tener cerca de sí al médico elegante y afamado de Roma en tiempos de Domiciano, Nerva y Trajano, un sirio que se nombraba Arquígenes de Apamea. Naturalmente, está en boga el desnudo, incluso para las doncellas cuando peinan a las damas:

Disponit crinem laceratis ipsa capillis
Nuda umero Psecas infelix nudisque mamillis.



Juvenal va enumerando, hasta componer 661 versos, los diferentes ocios y vicios de las mujeres en la Roma imperial. Se olvida del juego. No se conocían las barajas entonces, apunta socarronamente Boileau, pues, de lo contrario, ¿cómo las mujeres no jugaban? Boileau, en su *Sátira X*, que es una imitación, réplica y trasunto de la VI de Juvenal, traza, en cambio, un cuadro animadísimo de las jugadoras que abundaban en su tiempo.

La pedantería femenina mereció más sátiras entre los franceses que entre nosotros. Apenas hay comedia de Molière donde no salgan al ridículo, para recreo de los espectadores, las «preciosas» y las «mujeres sabias» (título de una de sus obras teatrales), que, a fuerza de afectación, movían la risa. En España, aparte los moralistas como Luis Vives, fray Hernando de Talavera, fray Luis de León y muchos otros, muy pocos satirizan con donaire a la mujer aficionada a letras que quiere lucir a toda hora su instrucción. Ha de recordarse *La culti latiniparla*, de Quevedo, publicada en 1629, sátira admirable de los extremos a que conduce la pedantería femenina. También Lope de Vega, en *La dama boba*, opone al tipo de la protagonista una su hermana que no desmerece como pintura briosa al lado de las Magdelon. Cathos, Filamintas, Armandas y Belisas de Molière. Muy graciosa resulta en la Francia del siglo xvii cierta mujer sabia que sale a escena en la comedia de Regnard *Le coquete*, y que adopta como calendario para uso suyo y de las criadas el de Roma con sus calendas nonas e idus. «Era la manera de contar de los romanos», dice. «También es la mía, y no soportaré nunca que los servidores me den las fechas de otro modo.» Para la dama satirizada por Regnard, el 16 de marzo hubiera sido el día xvii antes de las calendas de abril.

La mejor sátira española de las mujeres es la de Vargas Ponce, *Proclama de un solterón a las que aspiran a su mano*. Las octavas reales que se dedican a la pedantería femenil no tienen desperdicio. El cuadro se ofrece más animado, y desde luego más decente, que en la sátira de Juvenal. Dice así el poeta gaditano:

Tampoco sabihonda, ¡Dios me guarde!

Asco da la mujer sobre un "in-folio";

La que a Plauto comenta y hace alarde

De ilustrar a Terencio en un escolio;

La que cita a Nason mañana y tarde,

Apostillando a Grevio y a Nizolio,

Vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto

Y busque entre los getas algún tonto.

¿Dómine por mujer? ¿Purista? ¡Cuerno!

¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?

¡Armar un zipizape sempiterno

porque en lugar de gorra dije gorro!

O bien, porque escribí sin h hibierno,

Verme tratar de bárbaro y de porro

Y dar la casa y la quietud al diablo.

¿Por qué? ¡Crimen atroz! ¡Por un vocablo!

Otrosí, traductoras, abrenuncio;

Harto habla una mujer sin diccionarios;

De caletre infeliz pícaro anuncio

Es llenar de sandeces los diarios;

De Jansenio y Molinos trate el Nuncio;

De hierbas y jarabes, boticarios;

Los pilotos, del viento y de la luna...

¿Qué toca a la mujer? Mecer su cuna.

¿De nada ha de hacer gala? Sí, de juicio.

¿No ha de tomar noticias? De sus eras.

¿Jamás ha de leer? No por oficio.

¿No podrá disputar? Nunca de veras.

*¿No es virtud el valor? En ellas, vicio.
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
Que no hay manjar que cause más empacho
Que mujer transformada en marimacho.*

Por boca del poeta y marino de Cádiz habla el buen sentido. Su *Proclama del solterón*, pieza inevitable en toda antología castellana, supera en muchos puntos a sus modelos, que son las mencionadas y respectivas *Sátiras* de Juvenal y Boileau. La vida de don José Vargas Ponce se extiende de 1760 a 1821. A los cuarenta y dos años de su muerte, en 1863, la señorita Micaela de Silva respondió a su *Sátira* con otra también muy conocida: *Un novio a pedir de boca*. Nos parece sensato Vargas Ponce, y reímos de buen grado con la salática y andaluza que sazona su composición. En Micaela de Silva se admira mejor la verdad, el buen juicio en serio y a la pata llana, que la intención oculta y el sesgo satírico. ¿Cómo no rendirse a la razón de sus argumentos? ¿Cómo no admirar la robustez en algunas de sus octavas reales, por más que desmerezcan comparadas a las magníficas de Vargas Ponce?

También acompaña el buen sentido a Micaela de Silva cuando dice:

*Yo no puedo sufrir la extravagancia
Del hombre desdeñoso y altanero,
Que a la mujer prescribe la ignorancia,
Como si fuese en la familia un cero;
Con tal de que a sus hijos dé lactancia,
Que le cuide la ropa y el puchero,
Si a lo demás no atiende su cariño,
Cátedras hay en donde aprenda el niño.
Esto es hacer a nuestro sexo agravio.*

*Podrá muy bien el preceptor ajeno
Hacer al hombre un eminente sabio;
Pero a su madre atañe hacerle bueno.
Que los consejos de un amante labio
El niño guarda en su inocente seno,
Y rara vez el hombre, por fortuna,
Olvida el bien si lo aprendió en la cuna.*

Está para terminar la primera mitad del siglo xx. La mujer ha conquistado mucho terreno durante los últimos años en los saberes, en la sociedad, en la vida, hasta en la política. No le va mal a la mujer que sepa historia, literatura, ciencias, filosofía. En la actualidad—conviene repetirlo—no suelen ponerse en ridículo las mujeres sabias. Los métodos pedagógicos modernos, el tono mismo de la sociedad presente, no cuadran con la pedantería. Alguna ventaja habrían de tener entre los muchos inconvenientes y defectos en que es pródigo el vivir de ahora. La mujer que es sabia de veras, comprende su misión en el mundo, se da cuenta de su sitio en el orden general del universo, y por buen gusto innato, sin haber leído quizás el «Mulleres non esse homines», que se atribuye a Valente Acidalio, procura huir de la pedantería y de las situaciones en que puede hallarse con desventaja. En España nunca estuvieron en ridículo las mujeres de verdadero entendimiento y verdaderamente sabias. Los nombres de Beatriz Galindo, Lucía Medrano, Francisca de Nebrija, Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz son de ello testimonio.

No podría asegurarse lo mismo de madame Dacier, la traductora francesa de Homero en el siglo xvii. Su fama literaria, filológica y humanística consiguió cierta vez que sonara su nombre para cubrir una vacante en la Academia

Francesa. Parece que a la sazón una ceremonia en el acto del ingreso consistía en un abrazo a los demás inmortales. Madame Dacier se escandalizó de esta práctica en el protocolo académico. No quiso formar parte de los «cuarenta» (y jamás la formó mujer alguna en el organismo fundado por Richelieu), pero en seguida la obsequiaron con una sátira, de la cual queda como proverbio el verso siguiente, tan conocido de todos, incluso por Molière en sus *Mujeres sabias*:

Ah! pour l'amour du grec laissez qu'on vous embrasse!

